

“ÚNEME CADA VEZ MÁS A TI”

Introducción

“Pero, ¿que tú te confiesas una vez al mes?”

Continuamente experimento incomprensión, me expongo a preguntas, asombro, curiosidad sobre cómo yo puedo andar un camino así, que en la idea de muchos corresponde, en todo caso, a la praxis de los sacerdotes o de los religiosos, pero no a la vida espiritual de una mujer casada con tres hijos. Cuando yo cuento esto puedo percibir a veces en el otro nostalgia y deseo de conseguir finalmente un nuevo acceso a este Sacramento de la Iglesia.

Yo sólo puedo asombrarme de cómo hace algunos años por el acompañamiento espiritual me fue ofrecido el Sacramento de la Reconciliación como ayuda para mi camino espiritual – o mejor para mi camino de conversión –. Hasta que esto sucedió, necesitaba algo para arrancar. Ahora con gusto también dejo a los compañeros de camino participar conmigo en Su historia de salvación.

Mirada Retrospectiva

Tengo numerosos buenos recuerdos de mi primera confesión y de las siguientes confesiones escolares. Tan sólo después de que un sacerdote me criticó despiadadamente en voz alta por una inocua confesión infantil y habló de la obra del demonio, esto cambió. De ahora en adelante me dominó el temor. El Dios misericordioso se había convertido en un juez riguroso. Cada vez que me confesaba salía de la Iglesia aliviada – no por la alegría del regalo de la reconciliación sino por saber que hasta la próxima fiesta litúrgica importante no tendría que volver a confesarme.

Antes del Bachillerato viví los primeros coloquios confesionales con un sacerdote. Fueron experiencias intensas para quitar la “máscara” de todo lo que forma parte de mi “yo” y con seguridad es una piedra en el camino para mi relación personal con Jesús.

Este acceso positivo fue importante con vistas a mi estudio y a mi posterior actividad como referente comunitaria, que debía conducir a los niños y a sus padres al Sacramento de la Reconciliación. Como siempre, era necesario para mí este Sacramento una vez al año en el tiempo penitencial pascual.

La “Celebración de la Reconciliación” en Ejercicios: “Pecadora amada”

El comienzo del acompañamiento espiritual y los primeros Ejercicios personalizados abrieron para mí una nueva dimensión de este Sacramento, que estaba incrustada en las experiencias de Ejercicios. Yo percibí claramente que en el encuentro con Jesucristo en la

oración, en el acompañamiento y en las celebraciones eucarísticas se me ofrecía un camino de conversión, curación y reconciliación.

Aprendí a ver mi historia como historia amorosa de Dios conmigo. La relación con Jesús se hizo más personal y Su llamada al seguimiento más clara. Pero también se me mostró el mal de mi vida en su profundidad, tragedia y alcance. Desde los primeros Ejercicios personalizados me impresionó el coloquio con el Crucificado, EE 53 y 61: Con mis ojos fijos en los Suyos para permanecer con Jesús, dejarme amar por Él y recibir Su misericordia cada vez más profundamente. Pude estar presente ante Él con toda mi verdad y, a pesar de ello, no ser condenada y recibir, como “pecadora amada”, una nueva dignidad. Siento vergüenza y confusión por este inmerecido amor, gran agradecimiento y humilde alegría.

Entonces pude llegar a conocer un nuevo modo de confesión, que a mí no me producía palpitations ni temores. Lo que en los Ejercicios aconteció en totalidad se condensó en la celebración de la Reconciliación. Fui invitada a expresar en forma de oración mi gratitud por la acción experimentada de Dios, por la confesión de mis culpas y finalmente por mi fe en la misericordia de Dios. Acto seguido la oración del sacerdote como respuesta, aclaró una vez más que nosotros nos abandonamos todos juntos a la gracia de Dios –Él cura, Él reconcilia. La imposición de manos antes de la absolución se convirtió en un signo importante. Durante muchos años, el Sacramento de la confesión fue para mí una preciosa experiencia anual de Ejercicios.

“Ansiada liberación”

“Tú eres el corazón abierto que acoge en Sí todo nuestro sufrimiento, nuestro abandono y necesidad, para transformarlos y cauterizarlos en tu Amor grande y purificador...”

Con esta oración de Erich Prywara SJ, mi itinerario de Ejercicios recibió hace diez años una nueva dinámica durante los Ejercicios personalizados de nuestro Seminario. Estas palabras de la oración me impresionaron y ya no me abandonaron:

“Jesús, acoge en Ti todo mi sufrimiento, mi abandono y necesidad para transformarlo y cauterizarlo en tu Amor grande y purificador.”

Yo no podía eludir más, penetraba la curación y la reconciliación hasta los más profundos estratos. Finalmente, el Señor quería transformar y cauterizar lo que yo mantenía oculto en mis “sótanos”, lo que yo reprimía, lo que me mantenía atada y no me dejaba ser libre. Al fin tuve que atreverme a dar el paso de expresar esto ante una persona concreta y presente. En la oración esto ya había sucedido durante muchos años sin que sobreviniese la ansiada liberación.

Afrontando la vergüenza y confiándome a mi acompañante pude, por medio de ella, experimentar la aceptación de Jesús, Su fidelidad y misericordia. Fue un increíble sentimiento de liberación: La puerta está abierta, todo está en Su Luz. Yo me sentí “liberada del poder de las tinieblas”, Col 1,13 y encontré al Dios que, por medio de Jesucristo lo quiere reconciliar todo Consigo mismo.

En la celebración sacramental pude abrir la puerta otra vez al Espíritu de la Reconciliación de Jesús y permitirme aceptar: Él pone orden en ti y te renueva. Puedes creer en la salvación, aceptarla y también perdonarte.

“Úneme cada vez más a Ti...”

...para que en mí crezca lo bueno y lo santo...” reza la Iglesia el domingo 22 del ciclo litúrgico. La invitación clara de estos Ejercicios fue unirme cada vez más a Jesús, liberarme por su Amor y dejarme liberar para el amor. Cristo me ha introducido más profundamente en mi ser creatural, en heridas, debilidades y mal, en mis pasiones y afanes.

Aquí se ha puesto en marcha un proceso de nueva ordenación, que en la vida diaria debía continuar: dejarme alentar por el Evangelio en una curación más profunda, con la meta de ser transformada cada vez más en Cristo.

Yo vislumbraba que el Sacramento de la Penitencia podía ser una ayuda importante para ello y Jesús mismo intercede por mí, porque el enemigo tiene el más grande interés en hundirme o en dejarme desalentada. A menudo me experimento precisamente impotente y cayendo siempre de nuevo. Antiguos modos de conducta agarran, estoy expuesta a fuerzas y poderes, en peligro de cerrarme o de creer que yo misma podría encargarme del asunto antes de que yo deje actuar a Cristo.

Entonces recibí en la oración y en sueños muchos signos, que interpreté como expresión de la nostalgia de Jesús, que me quería ofrecer Su salvación por medio de la recepción más frecuente de este Sacramento de la Iglesia. El testimonio de mi acompañamiento me sedujo para comenzar este camino. Interpelé a un sacerdote al final de la celebración con pregunta titubeante si podía volver alguna vez y sacó rápidamente la agenda.

Acompañamiento espiritual y Sacramento de la Confesión

Desde entonces para mí se complementan de forma fecunda ambos acompañamientos con dos personas diferentes, porque también mi confesor vive de los Ejercicios ignacianos. El acompañamiento espiritual es el lugar, donde hablo sobre mi vida y mi oración, sobre las mociones interiores y las decisiones. Contemplamos la invitación que se ha producido en los Ejercicios y cómo yo sigo esta huella o me alejo de ella. También este diálogo tiene carácter confesional.

La actuación de Jesús en todo el itinerario de conversión de los Ejercicios, en la celebración de la Reconciliación, en la acción sacramental por la palabra y el signo se condensa, se hace presente y se interpreta. Yo experimento en inmediatez que soy tocada por la mano del Jesús histórico. Aquí Jesús me impone las manos para decirme que soy absolutamente aceptada por Dios, que debo cesar de juzgarme porque el Amor de Dios es más grande que toda mi culpa. Son las manos sanantes y amorosas de Jesús, las que, en la oración del sacerdote y en la absolución, me alcanzan: ¡La salvación ha acontecido! ¡La paz sea contigo. Eres enviada! ¡Qué regalo, que puedo experimentar no sólo una vez al año!

Acontece un contacto sanante y reconciliador que no se termina con la celebración.

Regularidad

Un ritmo aproximado de cada cuatro semanas se ha mostrado como bueno, por consiguiente un marco temporal como el del acompañamiento espiritual. Así la preparación y la confesión no son un puro archivo de trabajo externo. Yo encuentro situaciones concretas de mal en las semanas transcurridas, que están marcadas por mis acciones y omisiones, por mi auto-defensa, por las heridas de mi historia etc. Aquí me entrego a la misericordia de Dios y pido que ÉL me dispense Su fuerza. Me da buen resultado ante el orgullo espiritual pensar que he superado antiguos modos de conducta y creer que soy buena, aunque soy una gran pecadora, en la que el Señor ya vive y quiere llegar a ser fructífero.

La confesión no tiene entonces nada espectacular, no tiene que ser ninguna gran luz emocional, sino que es el lugar de la verdad, de la asistencia y de la clara invitación del Señor.

Me admiro siempre de nuevo, de cómo Dios actúa en mí por medio de Cristo, cómo elimina y crea nuevamente para que yo “viva como una persona nueva” (Rom 6,4), por Él y con Él y en Él en medio del mundo. Cuando me abandono a la gracia de este Sacramento, entonces accedo a las corrientes de salvación, que fluyen a través de la Iglesia, y me dejo inundar por ellas. Así el dolor puede llegar a ser posteriormente fecundo. Se trata de una fecundidad, finalmente para la misión. ¡Con frecuencia estoy desconcertada de cómo el Señor aprovecha para la misión el mal experimentado o cometido! Cuando acompaño a otros, he podido experimentarlo con frecuencia.

Preparación

Para mí sucede un paso importante ya los días anteriores, en los que me preparo en la oración, descubro mi verdad quasi por el Espíritu Santo y Le pido que mi auto-comprensión no se detenga en lo superficial, sino que despierte en mí confusión, conmoción y arrepentimiento personal. Determinados escritos o el “coloquio con el Crucificado” me ayudan a confiar en el amor y la misericordia de Jesús.

No es tan sencillo, como dice el Hermano Roger, “exponer el corazón desnudo – también en todo lo deplorable – al Fuego de la mirada divina”. Frente a mi voluntad de sinceridad están siempre tentaciones de minimización, justificación y generalización o el temor ante la vergüenza también juega su papel. Finalmente yo quiero superar la prueba ante mí misma y ante el confesor. También esto forma parte de la capitulación ante el amor. Al fin y al cabo permanece mi reconocimiento de obra imperfecta – a pesar de la mejor voluntad, pues “la profundidad de nuestro conocimiento es a la profundidad de la misericordia divina, como de uno a infinito” (Karl Barth).

La auténtica experiencia de culpa es objetiva, me alcanza profundamente, pero no me aplasta, señala mi impotencia y verdad y me responsabiliza.

Conversión en medio de lo diario

...naturalmente influye internamente en todos los ámbitos de mi vida. Concretamente para mí en la vida con mi marido y con mis hijos. Soy más sensible a las estructuras de mal en nuestra familia. ¿Cómo dirimimos los conflictos? ¿Nos encontramos de veras o nos eludimos? El diálogo sobre esto (también como pareja) ayuda a andar un camino que nos permita crecer a todos. Los rituales de reconciliación, tras una disputa, son importantes, lo mismo que la oración en las situaciones de impotencia. Resulta sorprendente para mí como el Señor, por medio de mi praxis de confesión, actúa de forma curativa en y más allá de nuestra familia.

La celebración de la Eucaristía, la “comida de los pecadores”, es para mí el lugar, en el que la experiencia del Sacramento de la Confesión puede profundizarse. Traigo al altar junto con toda mi dicha también mis dones, a menudo pobres y pido la transformación. En la Comunión recibo la fuerza sanante de Jesús en persona.

En la apertura orante a todo lo que me ata y es desordenado, a aquello en lo que yo omito el bien y hago el mal, experimento que aumenta en mí una fuerza para virar en contra y una determinación: “¡Conviértete!”. Yo puedo absorber esta fuerza de Dios y decir no sólo la noche de Pascua: Renuncio. (1)

La “oración de la atención amorosa” ha sido para mí una importante ayuda para vivir despierta. Hay fases, en las que el Examen particular tiene un especial valor situacional, cuando se trata p.e. de vencer tentaciones por el Señor y permanecer fiel a un propósito ¿Cómo me ha ido hoy con mi proyecto? ¿Qué ha fomentado lo observado, qué lo ha dificultado? ¿Cómo quiero yo mañana continuar ejercitándome en fidelidad?

El amor recibido fortalece en mí el Amor. La misericordia recibida despierta en mí la misericordia frente a otros. Prueba su autenticidad en la oración de intercesión. A veces a través de una dura lucha experimento una creciente disposición para la reconciliación

cuando oro por los hermanos y hermanas que me resultan insoportables. Sólo en la oración puedo reconocerles el mismo derecho, que yo he recibido a estar ante Cristo y a participar en Su misericordia. Así el Señor me libera verdaderamente para el amor.

Impulsos para la oración o intercambio en el grupo

- ¿Dónde me interpeló la Lectura? ¿Qué experiencia se me ha confiado? ¿Qué me resultó extraño? ¿Qué preguntas me surgieron?
- ¿Dónde reconozco la acción de Dios en mi vida? ¿De qué forma Le experimento como Salvador y Redentor?
- ¿Cuál es la más profunda experiencia de la misericordia de Dios en mi vida? ¿Qué efectos tuvo?
- ¿En qué situaciones de mal me siento directamente involucrada? ¿Dónde me experimento atada, tentada, envuelta, culpable?
- ¿Aplazo en mi vida diaria actual un paso concreto de reconciliación?
- ¿Qué papel juegan en mí los diferentes modos de reconciliación, que la Iglesia ofrece (oración, lectura de la Escritura, celebración de la Eucaristía, diálogo fraterno, confesión comunitaria, Sacramento de la Reconciliación...)?
- ¿Qué historia tengo yo con la “Celebración de la Reconciliación”? ¿Qué relación tengo ahora con este Sacramento? ¿Percibo quizás una nueva invitación?

Bettina Richter-Klahs
Werkheft – GCL 3/2005

Nota:

- (1) La autora se refiere a la Renovación de las Promesas del Bautismo en la liturgia de la Vigilia Pascual.

www.vacarparacon-siderar